



Homilía Misa Crismal Martes Santo 26/3/2024

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción” ...

Nos reunimos hoy, como familia diocesana, para celebrar el don de la unción sacerdotal. Lo hacemos el presbiterio, junto al obispo y a los fieles bautizados, a quienes nos debemos, la razón de nuestra vida y de nuestro ministerio, la razón de la unción sacerdotal. Ungidos para ungir. Ungidos y consagrados para ser enviados hacia el Pueblo de Dios, al que pertenecemos por nuestra primera unción bautismal. Como Jesús, en Nazaret, en su tierra natal, en su lugar de crianza, así también nosotros hemos sido elegidos, tomados de entre los hermanos, para ponernos a su servicio. La unción sacerdotal tiene su razón de ser en cuanto servicio a la unción bautismal, que hacemos presente en estos óleos que ahora vamos a consagrar, y que serán derramados en las cabezas de los bautizados, en sus pechos, en la frente de quienes se confirmarán y en las manos y cabezas de nuestros hermanos más débiles y sufrientes. Ungidos para ungir, esa es nuestra razón de ser...

Una unción que **permanece para siempre**. En medio de tantos cambios, de tantas certezas que se derrumban, de tantos mitos que se vienen abajo, la unción es para siempre, como dice el Salmista: “Encontré a mi servidor y lo ungué con óleo sagrado, para que **mi mano esté siempre con él... mi fidelidad y mi amor lo acompañarán...**”

Hoy se nos invita a confiar en la fuerza y el poder de esta unción... Tú eres sacerdote para siempre... Qué hermoso y consolador es saber que la gracia estará siempre. Lo estuvo, lo está y lo estará siempre. Saber que podemos contar con la fuerza de la unción, que anida en lo más hondo de nuestro corazón sacerdotal, nos permite vivir en confianza y alegría. Así como la gracia sacramental está viva y operante en los matrimonios para sostenerlos en sus momentos de duda, oscuridad y en medio de sus crisis, así también, la gracia que hemos recibido en nuestra ordenación sacerdotal permanece para siempre, viva, actual, y sin fecha de vencimiento. Contar con ello, nos sostiene en nuestras adversidades y luchas cotidianas...

Una unción que **impregna todo nuestro ser, siendo** sacerdotes y no sólo trabajando de sacerdotes, como funcionarios. Cuando estamos con otros y cuando estamos solos. Tanto en nuestra vida **pública** como en nuestros espacios y tiempos **privados**. **Siempre somos sacerdotes**. Una unción que no sólo toca nuestro hacer, sino que transforma nuestra identidad más profunda, que consagra nuestro ser, lo hace propiedad del Señor y de su pueblo, haciendo que nuestras acciones broten de esta fuente más honda, de esta unción amorosa del Señor, en nuestro ser más íntimo. **Valemos por lo que somos, no por lo que hacemos...**

Una unción que se **expande en fragancia**, en aroma que llega a todos, porque, si queda encerrada y aislada en la mala soledad, se pone rancia y toma olor. Una unción que crece y se retroalimenta cuando nos entregamos con generosidad, olvidándonos

de nosotros mismos, en la ofrenda existencial de nuestras vidas, y que se va apagando cuando nos encerramos en nuestras comodidades, en la amargura, en la búsqueda de la autopreservación y del bienestar personal.

Una unción que queremos cuidar, alimentar y fortalecer, para que conserve la frescura y la fuerza, la luminosidad y el resplandor del día de nuestra ordenación.

Una unción que hace de **bálsamo y consuelo** en medio de los fracasos, que reconforta el alma en medio de las incomprensiones y fracasos, que sostiene y anima en medio del tedio y de la oscuridad de la vida cotidiana. Una unción que nos anima a volver a levantarnos cuando hemos caído, que nos anima a confiar y a pedir ayuda, que nos hace humildes para abrírnos al hermano y dejarnos ayudar a cargar con nuestra cruz. Una unción que nos reanima en la esperanza, sabiendo que, para Dios, no hay nada ni nadie que esté perdido. Una unción que hace levantarnos de la postración de la queja, del pesimismo y el desaliento, para animarnos en la entrega, la generosidad y la alegría de la creatividad ante los nuevos desafíos que la sociedad nos propone.

Una unción que **nos hermana** con el santo pueblo fiel de Dios, haciéndonos caminar juntos, codo a codo, aportando cada uno su carisma, su riqueza, sumando siempre, incluyendo, abriendo puertas, derribando muros y cercas que separan, dividen, fraccionan. Una unción que nos hace encarnar el propio estilo pastoral de Jesús de **cercanía, compasión y ternura**, y que disuelve toda lejanía, indiferencia y rigidez.

Una unción que **se custodia** en la fidelidad a los rituales cotidianos buenos que salpican nuestra vida y que sostienen nuestro ministerio. La santificación del día, en **la oración de las horas**, intercediendo por el pueblo que Dios nos confía; el encuentro silencioso y cotidiano con **la Palabra**; la **celebración cotidiana de la Eucaristía**, donde es la fuerza salvífica de la Cruz la que va realizando la santificación de nuestra comunidad, y no sólo nuestros esfuerzos y genialidades; la **confesión frecuente** que nos permite descubrir el verdadero rostro del Padre que es Misericordia y Ternura; el **acompañamiento o dirección espiritual**, que pone luz y claridad, desenmascarando nuestras mentiras e inconsistencias y las estrategias del Maligno que nos asedia continuamente para herir al pastor y así dispersar y herir al rebaño. La **amistad sacerdotal** que nos hace reconocer en el hermano sacerdote, nuestro primer prójimo. Amistad que nos anima a la entrega, que nos estimula a vivir la santidad, que nos hace corresponsables y solidarios con la vida espiritual del hermano sacerdote.

Una unción que se custodia con la **fraternidad sacerdotal**, que nos anima a experimentarnos como un cuerpo presbiteral, donde, según el decir de San Pablo, si un miembro sufre, todos sufrimos con él, si un hermano es enaltecido, todos los demás participan de su alegría. Fraternidad que transforma la crítica ácida e irónica, en oración por el hermano y en corrección fraterna. Fraternidad que nos hace mirar al otro como uno que me pertenece, y no como una amenaza que nos puede hacer sombra, sino como un compañero de misión y de sueños, embarcados en esta aventura común, convocados por Jesús, el único amor y Señor de nuestros corazones.

Que el Espíritu nos dé la gracia de vivir con **pasión y entusiasmo** nuestra misión comunitaria, hermosa y desafiante, que hoy queremos renovar delante de los fieles.

Queridos hermanos curas, **gracias por todo lo que hacen**, por su entrega escondida y cotidiana, por lo que muchos no ven y que Dios conoce, por su vocación, su generosidad, sus cansancios. Aún no los conozco mucho. Pero Dios ya me permitió descubrir mucha santidad, entrega y generosidad. Gracias... A seguir caminando juntos, animándonos en la unción, como cuerpo presbiteral, en servicio alegre,

disponible y generoso al Santo Pueblo de Dios, que tenemos el honor y el privilegio de servir y acompañar.

Y ustedes, **queridos fieles**, gracias por estar acompañándonos, por sostenernos, por rezar siempre por nosotros, por la inmensa paciencia que nos tienen, por su cuidado atento y delicado, por ser nuestros compañeros de misión, en este caminar juntos, que nos está proponiendo el Espíritu en este tiempo. Sigán rezando por nosotros, sigan alentándonos, sigan cuidándonos, sigan humanizándonos. Gracias también por su testimonio de santidad...

Entramos en esta Semana Santa y queremos vivirla como un momento único de gracia para remover esas brasas que permanecen aún debajo de algunas cenizas, arrimarle nuestros leños y reencender el fuego de ese primer amor, de esa primera llamada, de esa primera mirada del Señor que nos cautivó y nos hizo dejarlo todo para seguirlo. Más allá de las cosas prácticas y del movimiento intenso de estos días, que Dios nos conceda la gracia de sumergirnos de lleno en el misterio que celebraremos cada día junto a nuestras comunidades, a fin de que **podamos disfrutar del amor incondicional de Cristo**, y nos dejemos volver a enamorar por este Dios que nos amó hasta el extremo, por este misterio de humildad, por este apasionado de amor que se nos dio todo, para que tengamos vida y vida en abundancia...



† JUAN IGNACIO LIÉBANA
OBISPO DE COMASOMA